

NECESIDAD DEL PROGRESO EN EL MINISTERIO



CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

El necesidad del progreso en el ministerio

Charles H. Spurgeon

© 2004 Chapel Library. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

Plática de C. H. Spurgeon a sus estudiantes y ministros educados en su Instituto. Publicado originalmente en inglés bajo el título "*Forward!*"

CHAPEL LIBRARY • 2603 W Wright St • Pensacola, FL 32505 USA

teléfono: (850) 438-6666 • fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

El necesidad del progreso en el ministerio

Queridos compañeros de milicia: somos pocos y tenemos ante nosotros una lucha desesperada; de consiguiente, urge que cada uno de nosotros sea lo más útil posible y se esfuerce al grado más alto posible.

Es cosa de desear que los ministros del Señor sean lo más escogido de la Iglesia, sí, lo más escogido del universo entero, porque tal es la demanda del siglo, por tanto, respecto a vuestras personas y talentos individuales, os encargo la divisa: ¡Adelante, adelante! Adelante en cualidades personales, adelante en dones y gracias, adelante en la conformidad a la imagen de Cristo. Los puntos que trataré empiezan en la base y ascienden.

En primer lugar, queridos hermanos, creo necesario que me diga a mí mismo y a vosotros que debemos *avanzar en aptitudes mentales*. No conviene, de ninguna manera, que nos presentemos continuamente en la peor condición. Ni en la condición mejor valemos nada para El; pero, cuando menos, no hagamos ofrenda con tacha o defecto por nuestra pereza.

“Amarás al Señor tu Dios de todo corazón” es tal vez un precepto más fácil de cumplir que amarle con toda nuestra mente; no obstante, debemos entregarle tanto nuestra mente como el centro de nuestras afecciones, y nuestra mente bien provista para que no le ofrezcamos una cabeza vacía. Nuestro ministerio requiere mentalidad. No digo que sea del todo cierta la frase “siglo de las luces”, que tanto se usa; pero es cierto que ha habido bastante progreso en la educación entre todas las clases sociales y creo que aumentará aún más.

Ya no se toleran sermones que sean atentados contra la gramática. Aun en los distritos rurales de los que se decía “nadie sabe nada” hay algún maestro de escuela, y la falta de educación en el predicador será mayor impedimento que antes; pues cuando el orador quiera que los oyentes se acuerden del Evangelio, sólo se acordarán de sus expresiones antigramaticales y las repetirán como una cosa de broma, en lugar de repetir las doctrinas divinas con la seriedad que fuera de desear.

Queridos hermanos, debemos cultivarnos cuanto sea posible, y esto primero, por recoger conocimientos vastos generales, y luego, por adquirir discernimiento para poder zarandear el montón y, finalmente, por una firme retención de mente, mediante la cual podamos almacenar en el alfolí el trigo zarandeado. Estas tres cosas no serán igualmente importantes, pero son todas necesarias para ser predicador completo.

Es preciso, digo, hacer grandes esfuerzos para adquirir conocimientos, especialmente bíblicos. No debemos limitarnos a un asunto de estudio si queremos ejercer y desarrollar nuestras facultades intelectuales todas... De todos modos,

nuestro estudio principal es la Escritura. El trabajo principal del herrero es herrar caballos: que tenga cuidado en saber hacerlo bien, porque aun cuando supiera poner un cinturón de oro a un ángel, si no sabe hacer herraduras y fijarlas en las patas del caballo, fracasará como herrero. Importa poco que sepáis escribir la poesía más brillante si no sabéis predicar un sermón bueno que lleve consuelo a los santos y convicción de pecado a los pecadores. Estudiad la Biblia, hermanos, estudiadla con todos los buenos auxiliares que podáis conseguir, acordándoos de que hay facilidades hoy que no poseían nuestros padres y, por lo mismo, se puede en justicia pedir de vosotros que sepáis más que ellos.

Instruíos bien en la teología sin hacer caso alguno de los que se mofan de ella, ignorantes de lo que se trata. Muchos oradores no son teólogos; de aquí los errores que propalan. No perjudica al evangelista más ardiente ser teólogo sano: le salvará de cometer equivocaciones dañinas. Actualmente, oímos predicadores que sacan una frase del contexto y gritan: ¡Eureka. Eureka! como si hubiesen hallado una verdad nueva, cuando la verdad es que no han hallado un diamante, sino un pedazo de vidrio quebrado. Si hubiesen sabido comparar lo espiritual con lo espiritual o comprendido la analogía de la fe, o conocido la sabiduría santa de los grandes escudriñadores de las Escrituras en las edades pasadas, no se apresurarían tanto a echar a los cuatro vientos la noticia de su conocimiento maravilloso. Hagámonos bien y profundamente familiares con las grandes doctrinas de la Palabra de Dios y poderosos en la explicación de las Escrituras.

Estoy seguro de que ninguna predicación durará y edificará mejor a la Iglesia como la predicación expositiva de la Palabra. Renunciar del todo a la predicación exhortativa por la expositiva sería ir a un extremo dañino, pero no es demasiado si insisto que, si vuestro ministerio ha de ser duradero y eficaz, debéis llegar a ser expositores. Para este fin es necesario que comprendáis la Palabra vosotros mismos y que seáis capaces de comentarla de modo que la gente sea edificada por ella. Sed maestros en la exposición de la Biblia, hermanos. Podéis dejar de estudiar cualquier obra por buena que sea, pero que no se os ocurra esto con la Biblia: familiarizaos con los escritos de los apóstoles. “La Palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia”.

Por otra parte, colocando en primer término, y por encima de todo otro estudio, el de la Palabra inspirada, no debemos, sin embargo, despreciar otros estudios de utilidad positiva para el ministerio. En los hechos históricos y en los de la naturaleza abundan enseñanzas preciosas sobre el gobierno de Dios y su providencia. No temáis instruimos demasiado. Si la gracia abunda, no os hinchará la ciencia, ni dañará vuestra fe en la sencillez del Evangelio. Servid a Dios con la cultura que tengáis, dándole gracias porque se digna emplearos como bocinas de cuerno de carnero; pero si hay posibilidad de que lleguéis a ser trompetas de plata, escogedlo con preferencia.

He dicho que es preciso aprender a discernir, y en estos días es muy necesario insistir en este punto. Muchos corren en pos de novedades, encantados por cada

nueva invención. Aprended a distinguir entre la verdad y la imitación y no seréis desviados. Algunos se apegan, como el molusco a la roca, a ciertas enseñanzas antiguas que no son otra cosa que errores antiguos. Probadlo todo con la piedra de toque, la Palabra divina, y guardad lo bueno. El uso del cedazo y el aventador es de gran necesidad.

Queridos hermanos, el hombre que ha pedido al Señor que le dé vista clara mediante la cual pueda ver la verdad y discernir sus relaciones con el conjunto de la verdad entera, y quien por causa del constante uso de sus facultades ha conseguido un justo juicio, este tal está en condiciones de ser un guía de las huestes del Señor; pero todos no son así. Da pena observar cómo muchos aceptan cualquier cosa con tal que se les presente con seriedad. Se tragan la medicina de cualquier charlatán religioso que tenga bastante osadía para aparecer sincero. No seáis niños de entendimiento, sino probad con cuidado antes de aceptar. Pedid al Espíritu Santo que os dé la facultad de discernir, y así podréis conducir vuestros rebaños lejos de los pastos venenosos y guiarlos a los pastos buenos y sanos.

Cuando, con el tiempo debido, hayáis alcanzado el conocimiento y la facultad de discernir, buscad luego la capacidad de retener y guardar firmemente lo que habéis aprendido. Actualmente algunos se glorían de ser veletas. No guardan nada; no tienen nada digno de guardar. Creyeron algo ayer, pero no lo creen hoy, ni lo de hoy lo creerán mañana. Y sería profeta mayor que Isaías quien fuera capaz de decir qué creerán en la próxima luna llena, porque están siempre cambiando pensar como si hubieran nacido bajo dicha luna, participando de sus fases. Tales personas pueden ser honradas como pretenden, pero ¿para qué sirven? Como buenos árboles trasplantados con frecuencia, pueden ser de buena calidad, pero no producen nada. Su fuerza se gasta en echar raíces y volver a echarlas, no quedándoles jugo para llevar fruto alguno.

Aseguraos de poseer la verdad y aseguraos de guardarla. Estad dispuestos a recibir verdades nuevas si son verdaderas, pero sed tardíos en aceptar una creencia que pretende haber hallado una luz superior a la del sol. Las nuevas verdades que se venden por las calles.

Como la segunda edición del diario de la noche, no son, generalmente, mejores que éstos. La bella virgen de la verdad no se pinta las mejillas ni se adorna la cabeza como Jezabel, siguiendo cualquier moda filosófica: se contenta con su propia hermosura natural, y su aspecto es esencialmente el mismo, ayer, hoy y por los siglos.

Los hombres que cambian son, generalmente, personas que necesitan ser radicalmente cambiadas ellas mismas. Nuestro envanecimiento de “pensamiento a la moderna”, está haciendo un daño incalculable a las almas, y se asemeja a Nerón pulsando la lira al contemplar desde lo alto de su palacio el incendio de Roma. Las almas van a la condenación mientras ellos siguen tejiendo y destejiendo teorías. El infierno está con su boca abierta tragando almas a millares, mientras los que

debieran proclamar la Buena Nueva de salvación están “fabricando nuevas líneas de pensamiento”. Los asesinos de almas, altamente educados, hallarán que su decantada cultura no les sirve de excusa alguna en el día del juicio.

Por amor de Dios, procuremos saber bien cómo salvar las almas y luego ¡pongamos manos a la obra! Estar discutiendo la manera de hacer pan, mientras la gente muere de hambre, es proceder detestable y criminal. Es hora de que sepamos qué predicar y si no, dimitamos de una vez. “Siempre aprenden y nunca pueden acabar de llegar al conocimiento de la verdad”, es el lema que cuadra a los peores más bien que a los mejores de los hombres. En Roma vi a un muchacho extrayéndose una espina del pie.

Volví al cabo de un año y allí estaba el mismísimo muchacho extrayéndose la espina todavía. ¿Será esta estatua nuestro modelo? “Doy forma a mi credo cada semana” fue la confesión que me hizo un pastor de esos que reciben todo lo nuevo. ¿A qué asemejaré a los tales? ¿No son semejantes a esas aves que frecuentan el Cuerno de Oro y se ven desde Constantinopla, de las cuales dicen que están siempre sobre las alas y nunca reposan? Nadie las ha visto jamás posar en el mar ni en la tierra. Están siempre en el aire, y dice la gente del país que son “almas perdidas”, que buscan descanso sin hallarlo.

Ciertamente, las personas que no han hallado descanso personal en la verdad, si no viven sin salvación ellas mismas, es muy dudoso que logren la salvación de otros. El que no tiene ninguna verdad segura que predicar, no debe extrañarse si los oyentes no le prestan confianza. Es indispensable que conozcamos la verdad, que la comprendamos y que la guardemos o retengamos firmemente; pues de no ser así, es imposible que llevemos a otros a creerla. Hermanos, primero os encargo que procuréis conseguir conocimiento y discernimiento, y luego, habiendo practicado el discernimiento, que os esforcéis en ser arraigados y fundados en la verdad. Cuidad de que las operaciones de llegar el granero, aventar el trigo y almacenarlo, se ejecuten a tiempo y debidamente, y así iréis mentalmente “adelante”.

(El segundo punto trata del adelanto en oratoria: estilo claro, robusto, persuasivo. El tercero, de la moralidad: Dominio de pasiones, dominio de la lengua, del genio, etcétera.)

En cuarto lugar, y sobre todo lo dicho, necesitamos adelantar en cualidades espirituales, en gracias que el Señor mismo obre en nosotros. Estoy seguro que esto es lo principal. Las demás cosas son preciosas, pero esto es inapreciable.

Necesitamos conocernos a nosotros mismos. El predicador debe ser grande en la ciencia del corazón, en la filosofía de la experiencia interior. Hay dos escuelas de experiencia y ninguna quiere aprender de la otra; pero nosotros procuremos aprender de ambas. Una habla del cristiano como quien conoce la profunda depravación de su corazón, que comprende lo engañoso de su naturaleza, sintiendo

diariamente que en su carne no hay nada bueno. “El hombre -dicen- que no conoce ni siente esto; experimentando amarga pena de día en día, no posee en sí la vida de Dios”. No vale la pena hablar a éstos de libertad, de gozo en el Espíritu Santo: no lo quieren.

Aprendamos de estos hermanos Saben mucho de lo que debe saberse y ¡ay! del ministro que ignora este caudal de conocimiento. Otra escuela de creyentes se fija mucho en la obra gloriosa del Espíritu de Dios, y hace perfectamente bien en ello. Creen en el Espíritu como potencia purificadora que limpia el corazón como el establo de Augias, haciéndolo morada del Espíritu. Pero, a veces, hablan como si hubieran cesado de pecar y de ser objeto de la tentación, gloriándose como si la lucha hubiera terminado y la batalla ganada.

Aprendamos también de estos hermanos todo lo que nos pueden enseñar. Séannos familiares los picos de los collados y la gloria que reflejan los Hermón y Tabor, donde podamos ser transfigurados. No tengamos miedo de llegar a ser demasiado santos. No tengáis miedo de llegar a ser demasiado llenos del Espíritu Santo. Os quisiera ver sabios desde todos los puntos de vista y capaces de tratar con los hombres, tanto en sus conflictos como en sus goces; tan familiarizados con los unos como con los otros.

Sabed dónde os dejó Adán; sabed dónde el Espíritu os ha colocado. Pero no sepáis una sola de estas dos cosas con exclusión de la otra. Creo que si hay hombre que se sienta dispuesto a gritar: “¡Miserable hombre de mí!, ¿quién me librá de esta muerte?”, será el ministro, porque es preciso que seamos tentados en todas las cosas, para que seamos capaces de consolar a otros. La semana pasada vi en un coche del ferrocarril a un pobre hombre con su pie colocado en el asiento. Al verlo, le dijo un empleado: “Esos almohadones no se han puesto aquí para poner usted los pies”. El hombre calló, pero en cuanto se alejó el empleado levantó otra vez la pierna, diciéndome: “Ése, sin duda, nunca se ha roto la pierna como yo, si no, seguramente no sería tan duro para conmigo”. Cuando he oído a hermanos que han vivido con comodidades, disfrutando buenos sueldos, denunciando a otros muy atribulados porque no se han regocijado como ellos, he comprendido que nada sabían de los huesos rotos, que otros llevan durante toda su peregrinación por el mundo.

Hermanos, procurad conocer al hombre en Cristo y fuera de Cristo. Estudiadle su psicología, sus secretos y sus pasiones. Este estudio no lo podéis hacer en los libros; es preciso tener experiencia espiritual, personal: sólo Dios os la puede dar.

Entre las adquisiciones espirituales se necesita, más que toda otra cosa, conocer al que constituye el remedio para toda enfermedad humana: conocer a Jesús. Sentaos a sus pies. Estudiad su naturaleza, su obra, sus experimentos, su gloria.

Regocijaos en su presencia: tened comunión con El de día en día. Conocer a Cristo es comprender la más excelente de las ciencias. Si tenéis comunión con la

sabiduría, no dejaréis de ser sabios; no os faltará poder si tenéis comunión con el poderoso Hijo de Dios. El otro día vi en una gruta italiana un pequeño helecho que crecía, donde sus hojas constantemente brillaban y vibraban en la llovizna de una fuente. Permanecía siempre verde y no le dañaban ni el ardor del verano ni el frío del invierno. Así permanezcamos nosotros constantemente bajo la bendita influencia del amor de Jesús. Permaneced en Él, hermanos, no le hagáis alguna visita tan sólo: Permaneced en Él. Dicen en Italia que donde no entra el sol debe entrar el médico.

Donde no brilla Jesús está enferma el alma. Calentaos en sus rayos y estaréis vigorosos en su servicio El domingo pasado traté un texto que me dominaba: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre”. Dije a los oyentes que los pobres pecadores que habían acudido a Jesús por fe pensaban que ya le conocían, pero que sólo sabían un poco de Él. Cristianos de sesenta años de experiencia que habían andado con el diariamente pensaban que le conocían, pero ya no son principiantes más. Los espíritus hechos perfectos delante del trono que le han adorado constantemente por cinco milenios piensan tal vez que le conocen, pero no le conocen plenamente. “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre”. Tan glorioso es, que sólo el Padre infinito le conoce en absoluto, y, por lo tanto, no habrá límite en nuestro círculo de pensamientos, si hacemos a nuestro Señor el gran objeto de nuestras meditaciones.

Hermanos, el resultado de esto, si hemos de ser fuertes, será que seamos conformados al Señor. ¡Oh, si fuéramos semejantes a Él! Bendita sea esa cruz en la cual padeceremos, si sufrimos por ser semejante al Señor Jesús. Si logramos conformidad con Cristo, tendremos una unción maravillosa en nuestro ministerio; y sin ésta, ¿qué vale nuestro ministerio?

En una palabra: precisamos santidad de carácter. ¿Qué es la santidad? ¿No es entereza de carácter? ¿Una condición equilibrada en que no hay ni falta ni sobra? No es una moralidad que se asemeja a una estatua fría sin vida: la santidad es vida. Necesitamos santidad; y, hermanos queridos, si carecierais de algo en cualidades mentales (aunque confío que no sea así), y si poseéis en escasa medida el arte de la oratoria (aunque confío que no), creedme, al deciros que una vida santa es, en sí misma, una potencia maravillosa que suplirá la ausencia de grandes talentos: en verdad, ella es el mejor sermón que el mejor hombre puede pronunciar.

Resolvamos, pues, obtener toda la pureza que sea posible, toda la santidad posible de alcanzar, y que en toda nuestra vida en este mundo de pecado pueda dar Cristo su conformidad y será ciertamente nuestro por la obra del Espíritu de Dios. Elévenos Dios a todos, como institución, a mayor altura, y a Él sea la gloria.

